

Al aparecer los caballeros, su rostro expresó la sorpresa, la incertidumbre y la alegría, y su voz infantil repitió muchas veces:

—¡Padre! ¡querido padre!

En un instante se abrazó á Zich que había bajado del caballo, oyéndose durante un momento el rumor de los boses y exclamaciones de alegría.

Cuando se hubo disipado la primera emoción, Jaghenka preguntó:

—¿Volvéis de la guerra? ¿estáis bueno?

—Sí, ¿y tú? Me parece que sí porque de lo contrario no andarías por esos vericuetos.

—Estoy cazando,—repuso Jaghenka.

—¿En tierras ajenas?

—No solo el abad me ha dado permiso, sino que me ha dado ojeadores y perros.

—Cuánto me alegra verte, ven, te daré otro beso.

Jaghenka murmuró:

—Estamos muy lejos de casa. El búfalo nos ha traído hasta aquí y los caballos ya comenzaban á cansarse. Qué hermoso animal; la última que le lancé lo mató.

—Sí, pero no la tuya; mira aquí al matador.

Jaghenka alisándose el pelo con los dedos, miró con complacencia á Zbishko.

—¿Le conoces?—preguntó Zich.

—No.

—No es extraño, porque está muy cambiado, ¿y al viejo Matzko de Bogdanetz le reconoces?

—Ya lo creo,—dijo Jaghenka que aproximándose al carro besó la mano al guerrero.

—Está tendido en el carro porque le hirieron los tudescos.

—¿Qué tudescos? Creía que la guerra era contra los tártaros...

—Sí, pero él fué con Zbishko á pelear á Lithuania.

—¿Dónde está Zbishko?

—¿No le has conocido?

—¿Es él?

—El mismo.

—Permitid que os dé un beso, á fuer de antiguo amigo,—repuso Zbishko.

Jaghenka se volvió hacia él y dijo.

—¡Me da vergüenza!

—Pues si nos conocemos de niños.

—Sí, ya me acuerdo que hace unos ocho años estuvisteis en casa. Recuerdo también que me disteis un golpe en la nariz y me quitasteis todas las nueces.

—Ahora ya no lo haría.

Jaghenka acordándose del búfalo preguntó:

—¿Le matasteis vos?

—Sí.

—Veamos dónde está la flecha.

—No la podéis ver porque se hundió toda en el cuerpo.

—Déjale en paz,—observo Zich,—todos han visto que fué él quien mató al animal.

Jaghenka miró nuevamente al joven, con el arco tendido...

Zbishko queriendo demostrar que conocía las leyes caballerescas alargó el arma á la muchacha, que, sonrojándose sin saber por qué, arregló los pliegues de su blusa.

V

Al día siguiente de su llegada á Bogdanetz, Zbishko y Matzko advirtieron cuanta razón tenía Zich al hablar de las incomodidades de su casa. Ocho años hacía que nadie habitaba en aquel destartado caserón, y el polvo y los

ratones y toda clase de alimañas y bichos habían puesto muebles y habitaciones en un estado deplorable.

Matzko, enfermo como estaba, sufría mucho por las violentas corrientes de aire que penetraban por las rendijas de puertas y ventanas y por las grietas de las paredes que se habían cuarteado casi todas.

En las paredes se veían corazas, cascos, picas, espadas, escudos y hachas, pero todas aquellas armas, así ofensivas como defensivas, estaban corroídas por la herrumbre y denunciaban el abandono en que se las había tenido.

Matzko estaba sentado sobre un tronco de árbol, cerca de la casa y gozaba de la fresca brisa de otoño, cuando el relincho de un caballo en el patio llamó su atención.

Al volverse, vió que un aldeano quería ayudar á Jaghenka á bajar del caballo, pero la muchacha bajó de un salto y se acercó á Matzko alegre y sonrosada por la rápida carrera.

—¡Bendito sea el nombre del Señor! he venido á saludaros en nombre de mi padre y á preguntaros si os falta algo.

—¡Gracias! estoy bastante mejor.

—No debe ser muy cómoda esta casa.

—Es verdad; pero estoy acostumbrado á las fatigas de la guerra hace años. Los aldeanos me han traído harina y huevos. Lo que veo que no hay aquí es ropa blanca.

—Ya haré yo que os traigan todo lo que sea menester.

Matzko, que agradecía los regalos, pasó la mano por la cabellera de la muchacha y dijo:

—Dios os recompensará á tu padre y á tí, y de todos modos, ya ajustaremos cuentas luego.

—No somos como los alemanes,—contestó,—no nos gusta cobrar lo que regalamos.

—Entonces, Dios os lo premie. Tu padre me ha dicho que eres una chica muy lista; ¿sabes gobernar bien una casa?

—Ya lo creo; si tenéis necesidad de algo, envid un recado por cualquiera.

Al decir estas palabras, miró Jaghenka á su alrededor, y Matzko que lo advirtió repuso:

—¿A quién buscas?

—A nadie.

—Enviaré á Zbishko para dar gracias á tu padre. ¿Te ha gustado el muchacho?

—No he reparado bien.

—Pues mirale ahora; aquí está.

Zbishko que había hecho beber á los caballos, viendo á Jaghenka aceleró el paso; llevaba un caftan y un birrete, por debajo del que asomaban sus rizados cabellos. Era un buen mozo en toda la extensión de la palabra, y parecía un page de algún gran guerrero.

Jaghenka, se volvió hacia él, y Zbishko la saludó afectuosamente, besándola la mano.

—¿Por qué me besáis la mano?—preguntóle,—¿soy quizá un sacerdote?

—No os opongáis, porque así lo quiere la costumbre.

—Deberías besarle hasta la otra mano, para darle las gracias por lo que ha traído,—dijo Matzko.

Zbishko miró hacia el patio y viendo solo el caballo negro de la muchacha la miró con expresión interrogadora.

—Los carros no han llegado,—dijo Jaghenka,—pero no tardarán.

Matzko, entonces, se puso á enumerar cuanto la muchacha hacía traer y al nombrar las dos camas Zbishko le interrumpió exclamando:

—Sé dormir perfectamente sobre el duro suelo, pero os doy gracias por haber pensado en mí.

—No he sido yo, fué mi padre,—agregó la niña ruborizándose;—pero si preferís dormir sobre el duro suelo nadie os lo impedirá.

—No me asustaría; en el campo de batalla alguna vez dormí, teniendo por almohada un enemigo muerto.

—¿Habéis matado algún templario?

Zbishko sonrió y añadió Matzko:

—Zbishko ha matado muchos alemanes, y en Cracovia por poco mata al embajador Lichtenstein. También se ha batido contra los frisios, á los cuales tomamos tanto botín que nos permite poder comprar de nuevo las tierras de Bogdanetz.

Con mucha complacencia escuchó la joven la relación de Matzko y al acabar dijo:

—¡Cuánto me gustaría ser hombre!

—Y á mí ser bello como vos,—dijo Zbishko.

—Habréis visto otras más bellas...

Zbishko sin mentir podía afirmar que había visto pocas mujeres tan lindas.

Jaghenka era la encarnación de la salud, de la fuerza de la juventud; la naturaleza la había dotado de un rostro dulce y espresivo y de una figura elegante y esbelta.

Vestia entonces un caftan de paño verde que caía sobre una preciosa saya, y llevaba al cuello un collar de abalorios.

El anciano Matzko, habiendo observado las galas de su traje, dijo:

—¿Cómo te has puesto tan elegante?

Ella en vez de contestar gritó:

—¡Aquí están los carros!

Y fué á su encuentro, seguida de Zbishko.

Hasta ponerse el sol, los colonos de Bogdanetz se ocuparon en descargar los objetos enviados por Zich, y era ya tarde cuando la joven montó sobre su negro caballo para marcharse.

Zbishko acercándose la levantó y colocó sobre la silla; sonrojóse ella, y dijo al joven:

—¡Sois muy fuerte!

Zbishko preguntó:

—¿No teméis las fieras? Casi es de noche...

—En el carro hay una lanza; dádmela.

Zbishko se la entregó.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¡Gracias mill Mañana iré á Zgogelitz para saludaros y dar las gracias á vuestro padre por los regalos.

—Tendremos mucho gusto en recibirlos.

Al cabo de un instante la joven desapareció entre la espesura y Zbishko volvió al lado de su tío.

—Volved á casa; el relente de la noche pudiera dañaros.

Matzko, sin moverse, exclamó:

—¡Cuán buena gente es esa!

—Ya lo creo.

—Vamos á casa,—dijo el viejo,—es tarde.

Se levantó con gran esfuerzo y apoyado en el brazo de Zbishko, llegó á su habitación.

\*  
\*  
\*

Al día siguiente Zbishko fué á Zgogelitz y para el caso se puso un caftan de raso blanco con franja de oro.

Zich le recibió con los brazos abiertos y Jaghenka quedó tan turbada por la presencia del joven, que en poco estuvo no dejase caer el jarro de vino que llevaba en la mano.

Zich le enseñó cuanto bueno tenía en casa y le acompañó á que visitase su propiedad.

Zbishko miraba todo con gran atención, y al marchar exclamó:

—¡Qué hermosa casa, debe dar gusto habitarla!

—Sí,—dijo Zich,—y además de esta propiedad, tenemos la de Moxidoli.

Momentos antes de partir, escanció un vaso de miel á Zbishko y preguntó:

—¿Quieres cantar?

—No; cantad vos, y os escucharé yo.

—¡Qué hermoso cinturón lleváis!—dijo en este momento Jaghenka, se conoce que habéis adquirido rico botín en Lithuania.

—Sí, no puedo quejarme,—contestó Zbishko.

—Vale la pena de ir á Lithuania. Yo también quería ir, pero tenía miedo.

—¿De qué? ¿de los templarios?

—No, hombre; lo que me asustaba eran los paganos, y los demonios que dicen hay en las selvas.

Sus templos fueron destruidos, y ahora han de alimentarse con setas y hormigas.

—¿Los has visto tú?

—Yo no, pero conozco personas que los vieron.

—Siempre piden algo.

—Ea, cantemos.

—Cantaré de buena gana si antes canta Jaghenka.

Esta no se hizo rogar más, y sentándose en un taburete afinó el laud, y aun cuando sintiera alguna vergüenza por la presencia del joven, cantó:

«¡Ah! si Dios me diera alas  
como me dió libertad  
hacia Jasko yo volara,  
hacia mi Jasko sin par.»

Zbishko se puso en pie exclamando:

—¿Cómo sabéis esta canción?

Jaghenka le miró con asombro:

—Todos la cantan, ¿por qué lo decís?

Zich, suponiendo que el joven había bebido demasiado, dijo con socarronería;

—Quítate el cinturón y estarás mejor.

El joven trató de vencer su emoción y dijo á la muchacha:

—Perdonad, vuestra canción me ha recordado... os ruego que sigáis.

—¿Quizá os pone triste?

—No, no. Quisiera oirla toda la noche.

Jaghenka cantó la segunda estrofa y advirtió que de los ojos del joven se escapaban algunas lágrimas.

Acercóse á él dulcemente y le preguntó:

—¿Qué tenéis?

—Nada, nada,—contestó;—sería una historia muy larga de contar..

—¿Habéis bebido, quizá, demasiado?

—Ea, muchachos,—dijo Zich,—¿por qué os tratáis de vos? Os conocéis de niños.

Jaghenka, deseando ver contento á Zbishko le acarició suavemente.

—Toma, toma.

—¡Vino!—gritó Zich en el colmo de la alegría.

La muchacha salió por un jarro de vino, dos magnificas copas de plata y un trozo de queso.

Zich, á quien los vapores del vino empezaban á trastornar, estrechó el jarro contra su pecho, exclamando:

—¡Hija mía! ¡pobre huérfana! ¿qué harás cuando te arranquen de mi lado?

—Me parece que eso no tardará en ocurrir,—dijo Zbishko riendo.

Zich soltó también una carcajada.

—¡Ah! ¡ah! La muchacha tiene quince años y ya le gustan los hombres, cuando ve uno se pone más contenta...

—Padre, me voy,—dijo Jaghenka.

—Vienen ya por ella, continuó Zich sin hacer caso de su chica,—el joven Vilko y Chtan de Rogov.

—No les temo,—dijo Zbishko.

Y volviéndose á ella preguntó:

—¿Cuál te gusta más?

—Ni uno ni otro.

Zbishko sonrió y después, dándose una palmada en la frente, como si se acordase entonces de algo importante, observó:

—Ahora que recuerdo, ¿tenéis grasa de oso? Mi tío la necesita para beber, y en Bogdanetz no hay.

—Aquí tampoco. Teníamos antes, pero los criados la llevaron al patio para untar los arcos y los perros se la han bebido.

—¿Y no queda nada?

—Nada.

—Entonces no habrá otro remedio que ir á cazar un oso.

—Sí, pero haz que te acompañen cuatro ó cinco hombres.

—No, no haré eso.

—¿Por qué?

—Porque podrían asustar á la fiera.

—¿Cómo te las arreglarás entonces?

—Iré al bosque con un bastón y con un hacha.

Jaghenka no contestó pero su rostro expresaba gran inquietud.

—El año pasado el cazador Besduch murió á garras de un oso,—murmuró ella,—es una cosa muy arriesgada.

Zich, que estaba adormilado ya, se despertó de repente y cantó:

Marchó el tudesco á la batalla, alegre,  
y á la tumba bajó despenachado!

Gotz! gotz! gotz!

—Ya no son dos, que son tres... Vilko, Chtan de Rogov y tú...

Jaghenka aproximándose rápidamente á Zbishko exclamó:

—¿Cuando irás, mañana?

—Sí; después de ponerse el sol.

—¿En qué sitio?

—Cerca de Bogdanetz; junto á los pantanos de Radskovsk. Dicen que allí hay muchos osos.

## VI

Zbishko hizo cuanto había prometido y desde por la mañana fué al bosque para conocer el terreno en que esperaba cazar el oso.

Envió dos hombres para esparcir miel sobre los troncos de los árboles, con objeto de atraer la fiera y volvió luego á casa.

Al llegar la noche se puso un caftan de piel sin mangas y en la cabeza un casco de alambre para que no le hiriera el oso. Llevaba en la mano un bidente y al costado un hacha.

Así, se dirigió al sitio escogido durante el día, persiguióse y esperó.

Los últimos rayos del sol besaban las altas copas de los pinos sobre las cuales graznaban los cuervos; las ramas secas al caer producían un triste ruido que se confundía con el canto de las aves.

Por el lado de Zbishko pasó gran número de alces que se refugiaban durante la noche en las orillas del pantano. Obscureció...

—Ahora empezarán á aullar los lobos,—pensó Zbishko.

Por la parte del pantano parecióle oír un grito sofocado.

Zbishko, á pesar de ser valiente, tembló, porque en aquella época, aun los más arrojados caballeros, no estaban libres de supersticiones, y creían en los conjuros y maleficios del enemigo malo.

Zbishko no temía á las fieras, pero sí al demonio, y se tranquilizó al ver que el grito no se repetía.

Mientras esperaba pensó en Danusia, tan lejos de él; recordó el instante del adiós, sus lágrimas, su bello rostro, sus canciones, los esarpines que tan humildemente besara y sin acordarse que estaba esperando una fiera, exclamó:

—¡Viviré por tí, ya que sin tí no puedo vivir!

Decía verdad, porque únicamente pensaba en la niña y le parecía verla, con los brazos tendidos hacia él diciendo: «¡Ven á mi lado, ven!»

Absorto estaba en tales pensamientos, cuando de súbito se estremeció. Había oído algo tras él. Empuñó el bidente con fuerza y escuchó. El rúmor se acercaba; las hojas secas crugían como bajo el paso de alguien que avanzara con cautela...

Zbishko pensó:

—Debe ser viejo, porque es prudente; quizá será un lobo.

El crugido de hojas secas cesó.

El cazador oyó como un cuerpo parecía caer al suelo. La obscuridad era tan densa que no pudo ver nada.

Transeurrió mucho tiempo y Zbishko empezó á sorprenderse:

—Un oso no habría venido á dormir aquí, ni tampoco un lobo.

Se estremeció.

—¿Y si fuera el espíritu del pantano?

Ya le parecía sentir las manos frías de un ahogado al

rededor de su cuello y una risa burlona sonar en su oído.

Los cabellos se le erizaron bajo su casco de hierro.

De golpe oyó un rumor fuerte de pasos que se acercaban y el respirar poderoso de un animal.

Una sombra colosal avanzó; el joven gritó: «Adelante» y se puso á la defensiva.

El oso gruñó y apoyándose en las patas de atrás, tendió las anteriores, queriendo abrazar al joven, Zbishko, con toda su fuerza, hundió el bidente en el pecho de la fiera.

Conmovió la selva un aullido agudísimo. El oso trataba de arrancar el arma que se hundía más y más en sus carnes palpitantes.

Una lucha feroz se empeñó entre aquellos dos cuerpos vibrantes de fuerza y de rabia. El oso, á pesar de la profunda herida, echaba el cuerpo adelante, tratando de hacer presa en el joven, que con gran destreza hurtaba el cuerpo y alargaba el brazo, murmurando con los dientes apretados.

—¡O tu muerte, ó la mía!

Tanta era la ira que sentía que hubiera preferido morir á dejar que huyese la fiera.

Una rama seca le hizo perder el equilibrio. Vaciló...

Apareció una sombra negra y un largo tridente se hundió en el pecho del oso.

—¡Coge el hacha!—gritó una voz.

Zbishko, sin pensar de donde venía aquel auxilio, dió un golpe feroz; el plantígrado cayó agonizante.

Zbishko se apoyó en un árbol porque las piernas apenas le sostenían y respiraba anhelosamente. Después de transeurridos unos minutos, mirando hacia la sombra que tan oportunamente salió de la espesura, preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Jaghenka!—contestó una voz delicada.

Zbishko quedó mudo de asombro y no hubiera dado crédito á sus oídos si la misma voz no continuara:

—Es preciso encender fuego.

Golpeó el eslabón y á la luz de las chispas, vió el rostro pálido, las negras cejas y los rosados labios de la niña que preparaba la yesca; comprendió que había ido para ayudarle, y experimentó tal reconocimiento, la abrazó sin poderse contener, besando sus mejillas.

La yesca y el pedernal cayeron al suelo.

—¡Déjame, déjame!—murmuró débilmente la niña, pero sin apartar su rostro de los labios de Zbishko, antes bien, ofreciendo los suyos.

—¡Dios te bendiga! Si no es por tu ayuda, quizá hubiese muerto.

Jaghenka, buscando á ciegas la yesca y el pedernal, contestó:

—Tenía miedo por tí y por eso he venido en tu auxilio.

—¿Eras tú la que estabas detrás de aquel pino?

—Sí.

—¡Y yo, que pensaba que eras un diablo!

—También yo tuve miedo, porque junto al pantano se está mal por la noche sin fuego.

—¿Por qué no me llamaste?

—Temí que me arrojaras de tu lado.

Las yerbas secas llamaron; al cabo de poco, una llama rojiza iluminó el cuerpo de los dos cazadores y el cuerpo del oso que yacía entre un charco de sangre.

Jaghenka tocó la fiera para ver si estaba gorda.

—Habrá grasa para dos años.

—Has roto tu tridente.

—Lo siento; ¿qué diré en casa?

—¿Por qué?

—Mi padre no me hubiese dejado venir y he tenido que esperar á que durmieran para escaparme. No digas jamas que he venido.

—Bien.

Charlaron largo rato, y Zbishko después de contemplar el lindo rostro de Jaghenka, transportado de admiración, exclamó:

—No hay otra como tú en el mundo; hasta podrias ir á la guerra.

La niña le miró intensamente, y luego con voz triste exclamó:

—No te burles, Zbishko...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Jaghenka hizo derretir en una vasija gran cantidad de grasa de oso. Matzko bebió con placer una taza, y como la pócima estaba bien preparada por la joven que conocía el secreto de esta medicina, el efecto fué inmediato y el enfermo cobró esperanzas.

—Estoy segura, decía Jaghenka,—que cuando esté bien impregnado el cuerpo interiormente, el pedazo de hierro saldrá espontaneamente de la carne.

La segunda taza pareció menos gustosa al viejo, pero la joven insistió y se la hizo tomar.

—Os aseguro que curaréis; he conocido á un guerrero que tenía un hierro de lanza en la espalda y curó. Cuando la llaga empiece á supurar te untaré con grasa de castor.

—¿Tienes?

—Sí, y si fuera menester, grasa fresca la iríamos á buscar con Zbishko.

—Ahora, creo, que debíais hacer un voto á algún santo para que os ayude.

—Lo había pensado yo también, pero no sé á qué santo encomendarme; San Jorge es el patrón de los caballeros,

y les infunde valor, pero éste, se cuida solo de vencer á los enemigos de Dios y no cura las heridas, pues esto incumbe á otro santo al cual San Jorge, no puede usurpar sus atribuciones. En el cielo cada santo tiene su oficio y ninguno se puede meter en los asuntos de los demás, porque si así ocurriese se armarían disputas poco compatibles con la seriedad de los santos. Cosme y Damián son grandes santos; Santa Polonia, quita el dolor de muelas; San Liborio, alivia las enfermedades de los riñones, pero no conozco que se cuide de las heridas.

—¿Y si hiciérais un voto á Jesús?

—Es verdad que es el más poderoso, pero me parece que no se le debe molestar por pequeñeces.

—Yo os aconsejaría,—dijo Zbishko entrando,— que hiciérais un voto á nuestra difunta reina y si curáis, podéis ir á Cracovia á visitar su tumba.

—Si supiera que cura las heridas...

—De fijo, y ningún santo se opondrá, porque es la reina polaca.

—Es verdad,—contestó Matzko; haré lo que me aconsejas.

Jaghenka aprobó la idea.

Matzko, hizo el voto y bebió la grasa con gran fé; pero al finar la semana, ya casi no quedaba esperanza.

El anciano guerrero decia que junto á la última costilla, sentía una presión continua, que perdía las fuerzas y la fiebre le aniquilaba.

Una noche despertó á Zbishko gritando:

—¡Enciende la luz pronto!

Zbishko saltó de la cama, encendió fuego y acercándose á su tío:

—¿Qué tenéis?—preguntó.

—El hierro... le tengo agarrado con las uñas que resbalan...

—¡Tirad!

Matzko, lanzó un gemido é hizo un esfuerzo.

—¡Héle aquí!—exclamó casi llorando.

—Demos gracias á Dios y á Santa Edvigia. Ahora, sí que os curaréis.

—¡Ay! Siento que me abrasa la carne. Jaghenka me dijo que hay que untar la herida con grasa de castor.

—Mañana mataré alguno.

Matzko descansó toda la noche, y al despertar pidió comida.

Jaghenka, le dió huevos cocidos, no queriendo cargarle el estómago.

El viejo comió con avidez, bebió cerveza y quiso que se llamase á Zich.

Zbishko envió á uno de sus turcos á llamar al vecino, que llegó al medio día cuando él y Jaghenka iban á salir en busca de castores.

Ambos amigos bebieron y cantaron, narrando uno á otro las hazañas de sus hijos.

—Qué buen muchacho es Zbishko,—dijo Matzko. No hay otro como él en todo el mundo. Cuando le llevaban al patíbulo, todas las muchachas de Cracovia le echaban ramos de flores.

—No habría ninguna como mi Jaghenka.

—No digo que no, porque es muy hermosa. ¿Visteis qué golpe dió mi sobrino al oso?

—Sí, pero le ayudó Jaghenka.

—¿Ayudado? si no me dijo nada.

—Pues sí, sí. Solo que á la muchacha le daba vergüenza decir que por la noche había ido al bosque.

—También hoy han ido juntos.

—Volverán á la caída de la tarde, y eso es peligroso, pues por la noche son más fuertes las tentaciones del diablo.

Matzko, después de un momento de silencio, dijo como hablando á sí mismo:

—Gustan uno de otro, si no hubiese hecho un juramento á otra...



—¿Qué importa? esa es una costumbre caballeresca. Debe arrancar los penachos de los templarios, pero en cuanto á los otros votos, el abad le puede relevar de ellos.

—Es verdad,— contestó Matzko. Además, Jurand ha dicho resueltamente que no quiere que se case con su hija.

—Ya os he dicho que el abad ama á Jaghenka como si fuese hija suya; la última vez que la vió, dijo que la dejaría más herencia que á sus parientes.

Matzko miró á su amigo y dijo:

—Lo digo, porque á todos conviene.

—La mitad de Bogdanetz pertenece á Zbishko.

—Sí, procuraremos que olvide á Danusia y... ¿queréis miel?

—Sí.

—El abad es un hombre extraño. De todos modos nos servirá, relevando á Zbishko de sus votos.

—Sí, lo mejor es que se casen los dos, y que Moxidoli y Bogdanetz, formen una sola posesión que será de nuestros nietos.

—¡Grady! ¡grady!—exclamó Matzko; Dios nos concederá gran número de ellos, y el abad les bendecirá.

—Esperemos que así suceda.

—Veo que estáis muy contento, me alegro porque ya no tengo el hierro entre las costillas y he observado que Zbishko y Jaghenka, se complacen en su mútua compañía.

—Ya veréis, ya veréis...

—Ea, bebamos.

—Bebamos.

—A la salud de Zbishko y de Jaghenka.

VIII

El viejo dueño de Bogdanetz no se equivocaba diciéndole que Zbishko y Jaghenka disfrutaban estando juntos.

Jaghenka, con pretexto de curar al enfermo, iba á Bogdanetz, sola ó con su padre, y Zbishko por deber de cortesía devolvía las visitas y se pasaba la mitad del tiempo en Zgogelitz.

Zbishko, buen mozo y apuesto, que tomó fama en la guerra y en los torneos, parecía á la muchacha un verdadero caballero comparado con Vilko y Chtan de Rogov. Por su parte, el joven sentíase subyugado por la belleza de Jaghenka.

Quería permanecer fiel á Danusia, pero cuando ayudaba á Jaghenka á subir á caballo, y sentía el contacto de aquellas carnes mórbidas é incitantes, se estremecían todas las fibras de su cuerpo.

Jaghenka tenía un caracter violento y dominante para todos, menos para él, y reconociéndolo éste, se mostraba agradecido y amable con ella.

Aquel día tomaron los arcos y se dirigieron á Moxidoli, y después, á pié, á través de la selva,

Mientras andaban, mostróle Jaghenka un gran prado que se extendía más allá del bosque, y dijo:

—Aquí empieza la propiedad de Chtan de Rogov.

—¿Del que quiere casarse contigo?

Ella se echó á reír.

—Quisiera... pero yo no quiero.

—Tú debes defenderte hablando de Vilko, de quien di-

cen que está muy irritado contra Chtan. Me asombra que no se hayan desafiado aún.

—Mi padre cuando partió para la guerra, les dijo: «Si os desafiáis no quiero veros más en casa, ni á uno ni otro.» ¿Qué podían, pues, hacer? Lo que hacen zaherirse mutuamente, y emborracharse juntos.

—Son estúpidos.

—¿Por qué?

—Cuando Zich hubo partido, uno ú otro debieron asaltar tu casa y seducirte. ¿Qué hubiese hecho Zich volviendo á casa y viéndote con un niño entre los brazos?

Los ojos azules de Jaghenka relampaguearon.

—¿Crees que me hubiera dejado seducir? ¿No hay acaso gente en Zgogelitz? ¿no sé acaso manejar el arco y la lanza? Mi padre no ignoraba que podía partir tranquilo.

Jaghenka se había puesto seria y pensativa, mientras probaba la cuerda del arco.

—Debiste haber nacido hombre y no mujer.

—Chtan me ha salvado de Vilko, y éste, de Chtan. Además, estaba bajo la protección del abad, que es un hombre temible.

—¡Oh! esos temerán al abad, pero yo, no hubiera temido ni al abad ni á Zich, ni á los aldeanos, ni... y te hubiese arrebatado.

Jaghenka se había detenido, y mirándole con dulzura dijo:

—¿Me hubieras arrebatado?

Sus labios estaban encendidos, su puro rostro se inclinaba hacia el joven, pero éste, que pensaba en lo que hiciera si se hubiera hallado en el caso de los otros, contestó:

—Una muchacha, no debe despreciar á los jóvenes cuando se ha de casar; uno ú otro has de escoger, ¿será un tercero en discordia?

—No hables así,—murmuró ella tristemente.

—¿Por qué? Hace ya mucho que falto de Zgogelitz y no puedo saber si estás enamorada de alguien.

—Basta,—repuso la niña con un hilo de voz.

Siguieron andando sin pronunciar palabra. El iba delante apartando las ramas, y rompiendo las que cerraban el paso; la joven seguía con el arco sobre el hombro como la diosa de la caza.

—Más allá del bosque hallaremos un riachuelo profundo, pero yo sé por dónde se puede vadear fácilmente.

Cuando llegaron á la orilla, vieron que las recientes lluvias habían engrosado su curso.

Zbishko, sin hablar, tomó entre sus brazos á la muchacha, que murmuró:

—Podría pasar yo sola...

—Estréchate bien contra mí,—replicó Zbishko.

Andaba lentamente, tanteando con el pié el terreno, antes de apoyarse con todo su peso, la muchacha se estrechaba contra él; estaba ya cerca de la orilla cuando aquella murmuró:

—Zbishko...

—¿Qué?

—No quiero casarme ni con Vilko ni con Chtan.

Zbishko la dejó con gran cuidado en la arena, y con voz ligeramente conmovida, exclamó:

—Ojalá Dios te depare mejor marido.

Jaghenka, que conocía mejor el camino, iba delante, y se volvía de cuando en cuando poniéndose el dedo sobre los labios en señal de que era preciso avanzar con cautela.

Los pajarillos cantaban. La niña subió á un copudo sauce inclinado sobre el agua, y el joven la imitó.

Un vientecillo suave no bastaba á disipar la niebla que se extendía sobre las aguas del lago.

—No se ve,—dijo Zbishko.

—No.

Al cabo de un rato se disipó la niebla, y los jóvenes

vieron un gran castor, que con una ramita verde en la boca avanzaba hacia un cañaveral.

Zbishko vió que Jaghenka preparaba el arco, disponiéndose á lanzar una flecha contra el animal que inconscientemente del peligro nadaba rápidamente.

—¡Tocado, tocado!—exclamó la joven.

—Sí, eres una gran tiradora.

—Pronto estará muerto.

El animal se estremeció un momento y después permaneció inmóvil sobre la superficie del agua.

—Voy á cogerlo,—dijo Zbishko.

—No, no vayas, porque cerca de la orilla hay un lodo movedizo, donde es fácil ahogarse.

—¿Cómo lo cogeremos?

—Déjalo, la corriente lo llevará á Cogdanetz, dentro de pocas horas.

Alejáronse, camino de su casa, y al cabo de poco exclamó la joven:

—¡Ah! me olvidé las flechas en el árbol; espérame.

Y ligera como una corza desapareció en un instante.

La ausencia se prolongó durante mucho rato, y Zbishko estaba ya alarmado.

Cuando se decidió á ir á buscarla, vióla venir hacia él contenta y satisfecha, con el castor en la mano.

—¡Dios mío!—exclamó Zbishko;—¿cómo hiciste para cogerlo?

—Entrando en el agua.

—¡Ah! tunantuela, ¡y yo que te esperaba!

—No podía desnudarme delante de tí.

—Ya, pero si yo llego á seguirte, hubiera visto...

Jaghenka le interrumpió.

—Toma mis trenzas y esprime el agua que hay en ellas.

Zbishko observó que quizás era mejor deshacerlas para que el viento secase los cabellos, pero la joven no quiso.

—Matzko, curará pronto, porque no hay remedio mejor que la grasa de castor.

—Dios lo quiera,—exclamó Zbishko,—deseo que cure pronto, porque debo marchar.

—¿Tú?

—Sí. ¿No te ha hablado tu padre de Danusia?

—Me ha dicho algo... es la que te cubrió con el velo. Mi padre añadió que cada caballero elige una dama, pero sin comprometerse á casarse con ella. ¿Es bonita Danusia? Háblame de ella.

La muchacha se acercó á él, temblando, y éste sin advertir su agitación, dijo:

—No solamente es mi dueña, sino mi amor, no se lo he dicho jamás á nadie, pero á tí te lo confieso porque nos conocemos desde niños. La seguiré hasta el fin del mundo porque no existe otra criatura como ella. ¿Qué me importan los rebaños, las selvas, las riquezas del abad, sin ella?

—No sabía nada de esa,—dijo Jaghenka con voz trémula.

Zbishko contó entonces cómo conoció á Danusia, su juramento, su estancia en la prisión, el modo como fué salvado, la negativa de Jurand, el adiós y la esperanza que tenía de volverla á ver.

Callaron al ver al criado que les esperaba en el límite del bosque con los caballos.

Jaghenka subió sobre el suyo y se despidió de Zbishko, diciendo:

—Mi criado te seguirá con el castor y yo voy á Zgogelitz.

—¿No vienes á Bogdanetz?

—No.

—Gracias por el castor.

—Adiós.

Cuando el joven desapareció entre los árboles, Jaghenka se llevó las manos al rostro, y gruesas lágrimas resbalaron por entre sus dedos.

IX

Después del coloquio que tuvo Jaghenka con Zbishko, estuvo aquella tres días sin acercarse por Bogdanetz; el cuarto fué para anunciar la llegada del abad.

Matzko recibió la noticia con gran agitación, porque aunque tenía dinero bastante para comprar la posesión de Bogdanetz, todo dependía de la voluntad de su rico pariente.

El viejo interrogó á Jaghenka sobre el carácter del abad, sobre sus gustos é inclinaciones.

El abad era un hombre de carácter jovial, muy bonachón y decidor; acostumbraba á charlar con Zich y se interesaba con los relatos que éste le hacía acerca de las aventuras de Matzko y Zbishko en Lithuania y en Cracovia.

Después de explicarle cuanto quería, la joven dijo á Matzko que á su juicio Zbishko, debía ir al encuentro del abad, en vez de esperarle en Bogdanetz.

Matzko apreció en lo que valía la observación de la joven y no solamente hizo lo que le aconsejaba, sino que se empeñó en salir él también al encuentro de su rico pariente.

Estaba el abad en casa de Zich cuando llegó Matzko, que había hecho el viaje sobre un carro cargado de paja. El abad, que estaba en la puerta con Zich, no se movió al ver acercarse al viejo sostenido por uno de los criados.

—Todavía no estoy curado del todo,—dijo besando la mano al abad,—pero he querido ir á vuestro encuentro para daros las gracias por las mejoras que hicisteis en Bogdanetz, y para pedir os vuestra bendición.

—Celebro que estéis mejor. Así podréis cumplir vuestro voto y rogar por el alma de nuestra difunta reina.

—No sabía á qué santo encomendarme y recurrí á ella.

—Hicisteis bien, porque es lo mejor entre ellos y nadie la envidia.

Zich se echó á reír, y entonces el abad preguntó:

—¿Quién es este joven?

Zbishko inclinándose, le besó la mano.

—Le he conocido de niño, pero ahora no le reconocería; vamos.

Miró á Zbishko de piés á cabeza, y dijo.

—Me parece demasiado lindo, más bien una señorita que un guerrero.

Matzko, sonriendo observó:

—Esta señorita ha bailado con alemanes y sus parejas dieron dos saltos y no se levantaron más.

—También sabe tirar flechas,—dijo de improviso Jaghenka.

El abad se volvió hacia ella con mirada interrogadora. La joven sonrojose y dijo muy bajo:

—Lo digo porque lo he visto.

—Procura que no te hiera á tí.

Todos se echaron á reír y Jaghenka quedó confusa.

Zich había hecho sentar á Matzko y ordenado que trajesen vino.

Alejose Jaghenka, y el abad dijo á Zbishko.

—Por broma he dicho que parecías una dama, pero ya sé que eres valiente y que te batiste en Vilna contra los frisios. Zich me lo ha contado todo. Prometiste arrancar los penachos de tres alemanes y debes cumplir tu promesa, pero si hiciste algún otro voto de que ahora te arrepientas, dímelo porque yo tengo poder para relevarte de él.

—¡Hum!... ¿Cuando un caballero ha hecho un juramento, quién puede redimirle de él?

El abad continuó:

—Cuida de que no te suceda lo que á Beigard.

—¿Qué le ocurrió?

—Qué murió quemado.

—¿Por qué?

—Porque decía que una persona laica puede comprender los misterios de la religión lo mismo que un sacerdote.

—Le castigaron con harta severidad.

—No, con justicia.

El abad volviéndose á Zbishbo; añadió:

—Todos esos que ves aquí, y que se te figuran sin duda clérigos, no lo son sin embargo, son familiares míos que me divierten cuando conviene y en caso necesario me defienden; con el tiempo quizá lleguen á ser clérigos.

—Me asombra que lleven espada.

—Les está permitido porque todavía no están consagrados. Hasta yo llevo un cuchillo, y el año pasado desafié á un noble que no quiso aceptar mi reto.

—¿Y se hubiera batido con un sacerdote?

El abad dió un puñetazo sobre la mesa, gritando:

—Cuando llevo armas, no soy un sacerdote, si no un noble. El bellaco no aceptó mi desafío, porque prefirió asaltarme de noche y á traición cerca de Tulcia. Desde aquella noche llevo siempre un cuchillo conmigo...

*«Omnes leges; omniaque jura vim vi repellere, cunctisque sese defensare permittunt!»*

Las palabras latinas tuvieron la virtud de inclinar todas las cabezas.

Zich, Matzko y Zbishko, que no entendieron una palabra, admiraron tanta erudición del abad que añadió:

—Hasta aquí podría atacarme.

—Quisiéramos verlo,—prorrumpieron todos poniendo mano á sus espadas.

—No lo hará,—dijo Zich,—es más fácil que venga á pedir la paz.

—Le he visto bebiendo en compañía de Chtan en una ta-

berna de Kscesno; no me reconocieron y continuaron hablando de Jaghenka y de tí;—dijo volviéndose hacia Zbishko.

—¿Qué querían de mí?

—Nada, pero no les agrada que un joven venga á menudo á Zgogelitz; Vilko decía: «Cuando le haya pisoteado á mi gusto no será barbilindo como ahora», y Chtan añadió: «Nos teme porque sabe que le vamos á reventar» y afirmaban que tú les temías.

El abad añadió después de una pausa:

—Es preciso confesar,—dijo,—que son jóvenes robustos.

Zbishko sin mostrar irritación alguna le interrogó:

—¿Mañana es domingo?

—Sí.

—¿Iréis á misa?

—Sí.

—¿En Kscesno?

—Sí.

—Está bien.

X

Zbishko se reunió á Zich y á Jaghenka, los cuales, en compañía del abad, se dirigió á Visceno; quería probar al abad que no tenía miedo á Vilko ni á Chtan y que no trataba de esconderse.

Al ver á Jaghenka quedó admirado de su belleza, pues nunca la había visto tan lujosa y arrogante.

Llevaba un vestido de paño rojo, con adornos de armiño y á la cabeza una gorra orlada de oro, sobre cuyos fle-